

V. Blasco Ibáñez  
Siervos de Roma  
(*El Motín*, 17-8-1901)

Se estremecen de indignación los buenos patriotas cuando piensan que hay un pedazo de suelo español que no es de España, sino de Inglaterra; tiemblan de rabia los bravos al enterarse de que a la pérvida Albión, pareciéndole estrecho el recinto de Gibraltar, intenta extenderse a costa nuestra, apoderándose de una parte de Andalucía; hay quien no ha vuelto aún en sí después de la pérdida de las Antillas, que podían llamarse «archipiélago de los ladrones», y Filipinas, que se titulaban «las islas de los Frailes»; el patriotismo se subleva ante el menor asomo de conquista y de dominación extranjeras; deseamos ser libres e independientes, queremos ser españoles, y, sin embargo, hace más de tres siglos que España no existe, que nuestra nacionalidad resulta una farsa, pues este rincón de Europa en que vivimos no es más que una provincia de Roma.

Para que una nación exista, la principal condición de su vida es ser dueña de sus destinos, gozar de libertad completa, pensar por sí misma; ¿y dónde encontrar esto en un país cuyos reyes ostentan como principal mérito el título de Católicos, que en todos sus conflictos acude al papa y no se atreve a iniciar una reforma ni a copiar lo mis insignificante del progreso ajeno, sin consultar antes a Roma?...

Las trazas más visibles de nuestra servidumbre no están aquí: se encuentran en la misma Roma. Se puede pasear casi toda Europa sin oír en parte alguna el nombre de España.

—¿Es usted español? —exclaman con extrañeza en el extranjero, con el mismo asombro que saludaríamos aquí a un súbdito de Liberia, de Zanzíbar o de cualquiera otra olvidada nación del África. Somos bichos raros, cuyo recuerdo casi está extinguido en la memoria de la humanidad. Y se comprende que así sea: ¿qué gran invento ha salido de aquí para refrescar el recuerdo de los pueblos? ¿En qué contribuimos al pensamiento universal para que no se nos olvide? La nación española vive como una vieja bruja al calor de su hogar, viendo cómo hierve el pucherete; y las únicas manifestaciones de nuestra vida que pasan las fronteras, son los rebaños de emigrantes que, desfallecidos por el hambre, marchan a las repúblicas americanas y al África francesa, o los artistas de ambos sexos y traje corto que, entre *jipíos* y llamamientos a la *mare*, van a menear los traseros hemisferios en los cafés cantantes de París.

En medio de esta indiferencia universal de que vive rodeada España, es Roma una excepción. Únicamente allí nos estiman y nos recuerdan.

—¿Es usted español? —pregunta con bondadosa sonrisa el tuno que habita en la ciudad leonina a la sombra del Vaticano, alimentándose con la venta de reliquias y bendiciones papales. Y en su sonrisa se lee la inmensa simpatía a un pueblo que, fiel a las tradiciones, envía todos los años una manada de ocho o diez mil peregrinos que ayudan a vivir con sus ahorros a los vagos de la Ciudad Eterna.

—¿*Siete spagnuolo?*..., ¡Oh *figlio mio!* —exclama el servidor con sotana del Vaticano, con un entusiasmo tan espontáneo que le falta poco para acariciar con amorosas palmadas el reverso del que llega. Y en su mirada se lee el cariño al pueblo fiel que no ha desertado, que sigue unido a Roma con una sumisión agrandada por los siglos; pues si en otros tiempos penetraba en ella por la brecha con el condestable de Borbón para violar monjas y saquear templos, hoy entra de rodillas para dar dinero y acoger como orden indiscutible la más insignificante palabra.

Somos la postrera finca del papado, la última vaca de aquel inmenso rebaño que el santo pastor podía ordeñar a su gusto en pasados siglos, y así se nos cuida y se nos quiere. Italia las echa de católica, pero tiene el papa a la sombra; Franela respeta el catolicismo, porque le conviene, pero sus gobiernos de librepensadores y ateos saben enseñar los dientes al Vaticano apenas intenta este un avance; Austria respeta mucho al pontífice, pero no le permite la menor intrusión en sus asuntos; hasta el pequeño Portugal se mete cuando mejor le parece con las órdenes religiosas sin importarle qué dirán en Roma: únicamente España, sumisa y humilde, no se atreve a cambiar de camisa sin consultarlo antes al Santo Padre.

Así como las Filipinas en apariencia eras nuestras y en realidad de los frailes, España parece de los españoles y es en verdad de Roma. Si aquí nace un rey, un padrino es el papa; de todos los embajadores el más temido y oído resulta siempre el nuncio; si una nación rapaz nos quita algo, buscamos como mediador, no a un pueblo poderoso, sino al sumo pontífice que, como vive de gorra, da siempre la razón al más fuerte o al más rico; basta una indicación de allá para que caigan aquí los gobiernos: todos los políticos gobernantes marchan en competencia a adular la tiara, sabiendo que bajo ella se oculta, el verdadero soberano de España; no se sabe ya quién es más vaticanista, si el jesuita Silvela o el francmasón Sagasta; y del mismo modo como en las casas todos los objetos sucios, rotos y fuera de uso van a la trastera, el Vaticano amontona en nuestro país, que es el desván de Europa, todas las órdenes religiosas, todas las asociaciones creadas por la hipocresía y

la ambición diabólica, que son barridas del resto del mundo por el espíritu revolucionario.

Cuando al pasar por las hermosas galerías del Vaticano, repletas de prodigios artísticos, se tropieza con los cardenales del Sacro Colegio, la vista de estos hombres —que causan allí el mismo efecto que los roedores en las avenidas de un risueño jardín— provoca en el pensamiento de todo buen español un hervor de cólera.

Son italianos —no, digo mal— son romanos; no conocen nuestro país sino de oídas; ningún lazo de comunidad de afectos e intereses les liga con esta tierra; y sin embargo son nuestros amos; y esta España, que ha hecho siempre mérito de una independencia salvaje, es una ergástula que gobiernan a su antojo. Resaltan individualmente en su inmensa mayoría gente despreciable, que conquistó su alta posición por el oro, por la bajeza o tal vez a costa del honor de su familia; viven en eterna intriga, acechándose, buscando exterminarse para tener menos competidores cuando quede vacía la silla de San Pedro; su existencia, sorda, trágica y ridícula a un tiempo, es la que Zola describe en su *Roma*; son enormes comadres vestidas de seda roja, iracundas, vengativas, de insaciable rapacidad; hacen dinero del cielo y de la tierra; las llagas de Cristo les sirven de troquel para acuñar moneda; en vez del «mi reino no es de este mundo» solo creen en la otra frase, «en Roma todo se vende»; y estas gentes miserables y mezquinas, de las que el mundo civilizado apenas si se acuerda y que vegetan casi olvidadas en un hermoso rincón, basta que digan una sola palabra, para que España se estremezca. Una orden suya produce inmediatamente inmenso eco en los miles de edificios nuevos que cubren el suelo de la península, cuarteles de la intolerancia y de la dominación clerical, hormigueros misteriosos que sueltan sus filas de hombres negros extendiéndose como lúgubres rosarios por toda España; y a su contacto hacen arder la brutalidad hereditaria, el servilismo histórico de este pueblo infeliz, que si es culto e ilustrado en algunos puntos del litoral, yace en las mesetas centrales en la misma primitiva bestialidad de la vida celtíbera.

¡Son los amos!... Tienen acampado en España un ejército de ocupación sin más patria que Roma, ni otra bandera que su sotana; gente dura y sin corazón, capaz de incendiar la casa en que nació y de matar a sus padres, para que allá en la Ciudad Eterna sigan los hombres rojos (en torno de un anciano blanco agonizante) enriqueciendo a su infinita pléyade de sobrinos y acariciando las rubias cabezas de sus pajes.

La mitad de su dominación estriba en el poder que Roma tiene sobre la ignorancia de nuestro pueblo y la otra mitad en nuestro propio miedo.

«Es un absurdo —exclaman muchos— gastar siete millones en enseñanza y dar cincuenta a la Iglesia.» Pero apenas se les propone meter mano al alto clero, tiemblan y retroceden por miedo a Roma, que puede armar otra guerra civil.

«Hay que exigir el cumplimiento estricto del Concordato» —se dice desde la oposición—. Pero como se sabe que el Papa no quiere cumplirlo, nadie se atreve a poner el cascabel al gato.

«Nos abruman las órdenes religiosas. Respetemos al cura; pero ¡fuera el fraile y el jesuita!» Esto se dice en los pasillos del Congreso; pero no hay ningún monárquico que lo repita en los escaños por miedo al sucesor de Cristo, que tiene por mejores a los que usan capucha o cinturón que a los que llevan sotana suelta.

—Hemos caído por fanáticos e ignorantes. Los tres siglos de servidumbre romana que llevamos en el cuerpo nos han empujado a la ruina.»

Esto me lo decía en el Congreso, a raíz del desastre, un personaje monárquico, que algún día será jefe de gobierno si dura lo existente.

—¿Por qué no dice usted eso al país?...

—Tengo miedo a Roma: sería empujar la Iglesia hacia los carlistas.

Y así vivimos. A todos nos tiene cogidos Roma; a unos por el fanatismo y la ignorancia, a otros por el miedo.

Las mayorías parlamentarias son escépticas: aman la Iglesia tanto como yo; pero aplauden a los ministros cuando estos entonan un himno en loor del verdadero amo que está en Roma.

Si pretendemos hacer economías, retrocedemos por miedo al romano; si se siente la necesidad de reformas liberales, se consulta antes con el papa, que las retoca y desfigura; no podemos seguir a los demás pueblos, por la cadena de Roma que llevamos en el pie; seguimos en la ignorancia, porque el Vaticano piensa como los antiguos señores, que no querían esclavos instruidos; somos siervos dentro de nuestra casa; el nuncio es algo así como el gobernador general que tendría en Madrid el gobierno de Inglaterra si llegase a conquistarnos, y cada obispo un comandante de armas que, obedeciendo a su verdadero señor, que reside fuera, cumple o desprecia las leyes que fabrican los insignificantes gobiernos indígenas.

¡Y esta servidumbre a cambio de un cielo que aún está por ver y en el que se entra por dinero, como en los teatros, y de una protección divina que recientemente se manifestó dando la victoria a los enemigos, sin duda porque son más ricos!

En esta situación abunda lo patriótico, lo español: la verdadera independencia es emanciparse de Roma, dejar de ser siervos de los cardenales; en una palabra, descatonizar el país.